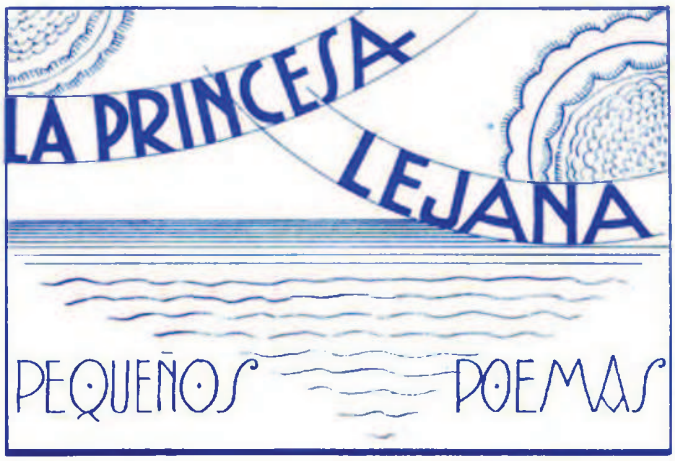

Un año más. Un año más de espera, hermana Ana. Un año más de quimeras apasionadas y de ilusiones azules. Una vez más de salir al camino, hermana Ana, y de mirar al monte, y a la llanura, y al mimbreral, y al olmedo, a todos los senderos que conducen al rastrillo de nuestra solitaria torre de marfil... Y de preguntarte, inquieto, estremecido de anhelos expectantes: «Hermana Ana, hermana, ¿ves algo?... »

Ha de venir pensábamos.—Ha de venir un día. Y en las claras mañanas y en las noches de Schumann, cuando, libres de las preocupaciones y de las miserias de la vida vulgar, nos recluíamos entre los muros almenados de nuestro castillo interior, con nuestros viejos arcones de atávicos lirismos, nuestras armaduras de un literatismo arcaico y los gobelinos de la evocación, nuestro espíritu ávido, se ponía a esperar el clamor de los clarines de la princesa lejana...

Ha de venir — soñábamos. —Ella—¿quién?... ¿la gloria, el amor, la fortuna, la dicha?... – recorre el mundo buscándonos. Recorre, iluminada, el glaciar y la estepa, el lugar y la metrópoli... Ella viene hacia nosotros... Y tal vez mañana, ¡tal vez mañana! veamos llegar por la amplia alameda, hacia la calzada de nuestro torreón, los tabardos blasonados de sus primeros heraldos...

Pero el arpa multicorde de nuestros nervios – ¡ella no venía, hermana Ana, y eran muchas las horas, y los meses, y los años de espera! – vibraba con impaciencia lírica y no nos consentía la dulce serenidad ensoñadora de seguir esperándola, de esperarla siempre desde lo alto de la atalaya, con los ojos puestos en la magia del sol o del paisaje lunar, en el oro nuevo de los amaneceres y en el ámbar antiguo del crepúsculo. Pasaba el tiempo, el tiempo, el tiempo ..

¿Porqué no salir a buscarla?—nos dictó el enano giboso, nuestro bufón favorito.—Era verdad. Y nos lanzamos al camino, vehementes, delirantes, febriles, temblorosos de miedo, de esperanza y de emoción. Y llegamos a todos los puertos, y al capitán galonado de las fragatas y de los trastlánticos, y al grumete que acariciaba un viejo acordeón patético sobre la proa de una goleta, les preguntábamos: ¿viene?... Y acudíamos a todas las estaciones de todos los ferrocarriles de todos los países, y bajo las marquesinas aculotadas de humo de las locomotoras, y en la tristeza nostálgica de las salas de espera, y a lo largo del «sleeping» o del «dinning-car», la buscábamos en vano. Y salíamos a todos los caminos, y a todos los grandes bulevares, y a todas las humildes callejuelas aldeanas... Y en nuestros pobres ojos cansados, desorbitados, mustios, había para cada sombra o cada resplandor fugaz, un ansioso interrogante: ¿es ella?... ¿será ella?...

Pero no, No era ella, No es nunca ella. Ya ves, hermana Ana. Ha pasado un año más. Un año más, y un año menos. Un año más de soñar inutilmente junto al fogaril, entre los viejos grimorios y los libros de armería, acariciando el manso armiño de la gata blanca y rezongona. Un año más de salir al camino, preguntándote siempre: «Hermana Ana, hermana, ¿ves algo?...» Y de fijar la mirada ilusionada en el sendero y en la espesura, y de interrogar a la brisa y al arroyo, y a las acacias curiosas y a los álamos confidenciales: ¿veis algo?...

*
* *

Pero.. ¡quién sabe! Tal vez mañana...

Emilio Pisón

El despertador que funciona bien toda su vida lo vende solamente URTIAGA.

La Relojería URTIAGA está situada en la Plaza Principal de Rentería.